

Retrato de Raïssa Maritain

María Laura Picón (Universidad Católica Argentina)¹

Bernard Shaw decía que en los espejos se reflejan los rostros, mientras que en el arte, el espíritu.

Uno de los misterios más profundos es el de la creación artística.

Mientras los humanos estamos en condiciones de comprender cualquier desarrollo de la materia, cada vez que dicha materia se transforma por la espiritualidad que el artista coloca en ella, acontece algo sobrenatural. Y nuestro respeto es casi religioso ante la obra que aparece y no es perecedera.

Así, los poetas, los pintores, los músicos, en el acto creativo, no sólo reflejan su espíritu y lo plasman en la obra, sino que invitan a todo hombre a contemplarla. Estamos ante un hecho casi divino: Dios crea y ve que todo es bueno, e invita a contemplar su creación.

Cuando en una misma persona se unen artista y contemplativo, no sólo la obra resultante es de una belleza y profundidad incalculable, sino que estamos en presencia de una persona de espíritu exquisito.

Raïssa Oumancoff- Maritain, es uno de estos casos. Esta mujer rusa de familia judía, migrada a París y exilada, años más tarde en USA, encierra en su personalidad la melancolía de un Tchaikovsky, la fortaleza del pueblo hebreo, la vanguardia francesa y la practicidad americana.

Supo amalgamar en su vida, desde su corta infancia, el espíritu contemplativo y profundo ante lo real con la irrupción de la belleza y el anhelo de un

¹ Este texto fue publicado en italiano en la revista "Notes et Documents", del Instituto Internacional J.Maritain. N° 21, año 2011. Lo publicamos con autorización de la autora, en versión castellana hecha por ella misma.-

sentimiento religioso perdido tras el alejamiento de sus raíces rusas. Cuenta, cómo con casi 8 o 9 años, su alma se atormentaba ante la imposibilidad de creer en Dios como lo hacían sus compañeras de escuela y - continua su relato mostrando - cómo dicho sentimiento no la abandonarían sino hasta su conversión, encontrando, sólo, un poco de reposo para su alma en la música y en el arte.

Cuando conoce a Jacques, Raïssa y él recorren todos los museos de París. Ante la descripción de estas memorias, uno podría imaginarse dos jóvenes de 20 años como dos peregrinos, que en cada sala de arte- como si de un templo se tratase- rezaban, a través de las obras, sin saber qué era eso.

La sensibilidad de Raïssa nunca significó flaqueza. Desesperados por darle un sentido a sus vidas, Jacques y ella decidieron buscarlo, conjuntamente, sin saber bien dónde. Fue Raïssa, por ese entonces, un sostén importante para Jacques. Ella es quien se conmueve ante la penosa situación económica del escritor Léon Bloy y le escribe, no sólo ofreciéndole su ayuda sino pidiendo, de un modo desesperado, socorro para sus almas.

Es en contacto con el escritor, que comienzan un nuevo camino de conversión, tanto espiritual como existencial. Encuentran la salvación en el Bautismo, y comienzan también los primeros contactos con los intelectuales de la época: poetas, escritores, pintores, músicos, que luego serían sus amigos.

La profundidad de Raïssa cristalizó en sus escritos.

Sus poesías son de una profundidad y una religiosidad admirable y poco común en poetas del siglo XX. Tras la lectura de alguna de ellas, podemos apreciar, por un lado, la impronta de la mística medieval, sin por esto dejar de ser una mujer de su propio tiempo. Ella se preocupó y se ocupó de los problemas de su época. Tuvo una vida activa, pero gestada desde la contemplación artística y religiosa.

Tras la conversión, la personalidad de Raïssa adquiere un carácter sublime. La fe le devolvió el sentido a su existencia y así sobrellevó el sufrimiento de una larga enfermedad, trasmutando ese dolor en unión profunda con la vida interior, la creación artística y con Dios.

Con un silencio externo pero un interior pleno de sentido y de palabras, su casa fue refugio de músicos de la talla de Lourié, Auriac, Satie, Stravinsky. Largas horas de charlas religiosas la unieron a Marc Chagall y su esposa, a Roault y a Claudel. Y desde el ejemplo, desde el lazo de confianza que tendía a sus amigos, provocó en ellos también una conversión.

Y fue por confianza en ella, en esa personalidad sincera y transparente, por quien sus allegados confiaron en Dios.

Raïssa siempre obró desde la pequeñez y como Santa Teresita santificaba lo cotidiano. El mismo Jacques, tras su muerte escribió: *“Sólo en el cielo sabré lo que le debo.”*

Toda su vida estuvo al servicio de Dios y de los otros, como una sombra luminosa.

Y como en la existencia no hay casualidades sino causalidades, no es extraño saber que esta mujer del siglo XX, bebió entera la sencillez de la Santa de Lisieux y la fortaleza de Juana de Arco.

Quiera Dios que muy pronto, en el Sacre Coeur, sitio que visitaron tan asiduamente los Maritain y tan significativo en sus vidas, junto a las tres glorias de Francia, tengamos a Raïssa, ejemplo de virtud, compromiso activo y contemplación de nuestros días.